

El libre albedrío, San Agustín

San Agustín fue un gran teólogo y filósofo cristiano que vivió entre los años 354 y 430 de nuestra era y es considerado generalmente como el puente entre la filosofía antigua y la filosofía medieval. Para muchos, es uno de los grandes pensadores de la historia y su influencia se extiende hasta hoy tanto en filosofía como en teología. Entre sus obras propiamente filosóficas, *El libre albedrío*, redactada probablemente entre 387 y 395, es una de las más importantes. Se destaca por ofrecer una defensa sistemática de la tesis según la cual la voluntad humana es libre. Pocos textos anteriores a este habían defendido de manera tan completa la libertad humana frente a la postura según la cual nuestros actos están determinados. Por lo general, en la Antigüedad, se creía que los seres humanos no habrían podido sustraerse al influjo de la naturaleza y del destino. Si bien autores como Platón o Aristóteles parecen suponer la existencia de la voluntad libre, encontramos pocos textos en sus obras en los que se ofrezca una argumentación formal a favor de la capacidad humana de decidir sobre sus actos. De ahí la importancia que posee *El libre albedrío* para la historia de las ideas de Occidente. Algunos estudiosos piensan incluso que el primer autor en desarrollar la idea de la voluntad humana fue san Agustín, a pesar de que no es el primero en defender la tesis de que el ser humano sea libre.

Ha de notarse también que la defensa del libre albedrío se lleva a cabo en el contexto de una pregunta más general: el problema del mal. ¿Cuál es la fuente de la maldad de las acciones humanas? ¿Podemos sustraernos a la fuerte influencia de nuestras inclinaciones? ¿Podemos decir que Dios es el principio de todos los males por ser el creador de todas las cosas? La respuesta de Agustín a estas preguntas es que todo lo que Dios puso en nosotros es bueno y que, por ende, la fuente de toda maldad humana es la voluntad libre en cuanto que es capaz de optar por actuar de una manera contraria a nuestra naturaleza. Así, nada externo a ella puede determinarla a querer algo malo, presentándose como la causa principal de los actos humanos. Por consiguiente, según Agustín, la fuente misma de la maldad cae dentro del control de cada persona y cada una es totalmente responsable de sus actos.

Escrito por José Antonio Valdivia, Departamento de Filosofía, Facultad de Artes Liberales UAI